



matador

## Tres revoluciones por el precio de una

**A**gitado por las hondas y veloces novedades científicas, tecnológicas y económicas, el mundo político también se sacudió. En menos de 150 años —una fracción infinitesimal de la Historia— se produjeron tres revoluciones nativas que legaron trascendentales efectos internacionales. La primera, en 1776, fue la de los Estados Unidos de América; la segunda, la francesa, en 1789; y la tercera, en 1917, la rusa. Todas se levantaron contra un soberano —rey o zar—, envolvieron una dosis de violencia, propusieron un nuevo tipo de relación entre el poder y los ciudadanos y crearon una república.

En este y el próximo capítulo las ofreceremos, por primera vez juntas, comparadas y con paradas.

## Los peligros del té

No resulta fácil asimilarlo, pero hace apenas cuatro siglos y pico uno de los países más ricos del continente americano era el Perú y uno de los más pobres, Estados Unidos. Los metales preciosos y los productos botánicos peruanos eran sinónimo de riqueza, como ahora lo es el montaje de un restaurante de comida peruana, mientras que el vasto territorio situado al norte de México era una región habitada por indígenas mucho más atrasados que los aztecas o los incas y, salvo tabaco y mocasines, era poco lo que producían.

Ni siquiera se sabía bien qué había allá arriba, en el incógnito norte. En 1497, el navegante italiano Giovanni Caboto desembarcó en Canadá, se aburrió y se fue. En 1513, un capitán español anduvo buscando la fuente de la eterna juventud por los lados de la Florida, pero envejeció sin hallar nada. En 1524, llegó hasta la bahía de Nueva York otro italiano, Giovanni de Verrazano<sup>1</sup>, que señaló el sitio para un futuro puente y se largó. La primera aldea estable tardó en nacer cuatro décadas más. La fundaron los españoles en 1565 y se llamó San Agustín. Estaba situada en la Florida y formaba parte del virreinato de Nueva España (México).

Desde entonces se oye hablar castellano en esas playas.

Durante los siguientes siglos, colonos españoles, ingleses, holandeses, alemanes y franceses ocuparon poco a poco zonas de Estados Unidos. Los más recordados son

---

<sup>1</sup> Como se ve, es impropio hablar de la *colonia italiana en Nueva York*; lo correcto es hablar de la *colonia anglosajona en Little Italy*, pues los italianos llegaron allí primero.

unos puritanos británicos que desembarcaron del velero *Mayflower* en 1620. Un año antes habían llegado unos huéspedes obligados: los esclavos negros africanos, que tan decisivo papel iban a jugar en el país. Con velocidad aún mayor que la colonización fueron desapareciendo los aborígenes de tez rojiza. En el siglo XVII, después de comprar algunos terrenos y ocupar otros, estaba bastante claro que la vasta comarca era una suma de colonias inglesas<sup>1</sup>. Si a alguna corona tenían que oponerse los habitantes de Estados Unidos eran las casas reales de los Estuardos y los Hanover, y si de algún país tenían que independizarse era de Inglaterra.

Y eso fue lo que hicieron. Agobiados por las tasas e impuestos con que las autoridades inglesas castigaban numerosas importaciones, empezaron por protestar, optaron luego por el boicot de productos británicos y más tarde acudieron a la desobediencia civil. En 1773, los habitantes de Boston, irritados por el impuesto al té, lanzaron al agua un cargamento de estas amargas hojas procedente de Inglaterra. El episodio, bautizado discretamente como "Fiesta del té de Boston", mostró el camino hacia la independencia, consistente en no tolerar las "Leyes Intolerables" y sustituir el té por la Coca-Cola.

---

<sup>1</sup> Tan poca importancia y tan escaso valor se otorgaba en el siglo XIX al territorio de Estados Unidos que Luis XIV le cedió el enorme estado de Luisiana a España como quien se desprende de un perro con incontinencia urinaria; unos años después, España le devuelve el perro a Napoleón; y este lo vende más tarde por 15 millones de pesos a Estados Unidos y se frota las manos convencido de que estáfo a los gringos.

# Washington: el prócer del One Dollar



La confrontación condujo a la guerra. Jorge Washington, dueño de una hermosa peluca blanca<sup>1</sup> y una próspera plantación de tabaco, fue elegido comandante jefe del Ejército por el Congreso Continental que gobernaba a la colonia. Menos de un año después, el 4 de julio de 1776, los locales vencieron a los ingleses y proclamaron la independencia. En 1787, representantes de las antiguas colonias firmaron una

## Washington

Constitución que se mantiene hasta nuestros días. Entre los postulados revolucionarios de la carta están la igualdad, el derecho a buscar la felicidad, la libertad de expresión y la prohibición de la censura. Washington fue elegido primer presidente de la federación republicana de Estados y repitió período en 1792. No quiso regresar por tercera vez, aunque lo invitaron a ello, porque consideraba que tanta repetición es dañina, lo mismo en la política que en la mesa. Fue un demócrata y ciudadano ejemplar, que seguramente se habría escandalizado con muchos de los actos de sus sucesores.

Urge señalar que esto acontecía trece años antes de la Revolución francesa, que defendió más o menos los mismos

<sup>1</sup> Investigaciones posteriores han precisado que Jorge había sido pelirrojo cuando joven y que la peluca no era un tupé sino exceso de polvo blanco en el pelo natural. Es bueno que se aclare. El pelo.

valores y, adicionalmente, añadió la libertad de rebanar pecuezos. La influencia de la Revolución gringa en la francesa —y en la formación de las nuevas democracias alrededor del orbe— fue tan grande que Thomas Jefferson, prócer norteamericano, asesoró en París la redacción de los Derechos del Hombre<sup>1</sup>.

En reconocimiento, Francia le envió como recuerdo las llaves de la Bastilla, o por lo menos una copia. Hoy le habría mandado un encendedor con la figura de la Torre Eiffel.

Jorge Washington era un tipo de 1,90 metros de altura que padecía tremendos dolores de muela. Basta con observar, para notar, su imagen tristonera y la hinchazón de los cachetes en los billetes de un dólar. No solo fue modelo para los billetes sino para sus compatriotas, que pusieron su nombre a la ciudad capital y a un pequeño y lluvioso estado del noroeste, cuna de la célebre familia de psiquiatras Frasier. En diciembre de 1799, cuando Jorge Washington soñaba con festejar la llegada del nuevo siglo, lo atacó primero un resfrío y luego lo atacaron varios médicos que le aplicaron agotadoras sangrías. Murió a los 67 años de un choque hipovolémico causado por la extracción de cinco pintas de sangre. Se quedó a dos semanas del siglo XIX.

## Tête à tête

Si se hiciera un concurso acerca del peor consejo que recibió gobernante alguno en la historia de este puto mundo, segu-

<sup>1</sup> En mi modesta opinión de científico y politólogo, esta declaración y el sistema métrico decimal son dos de los mayores aportes de la Revolución francesa.

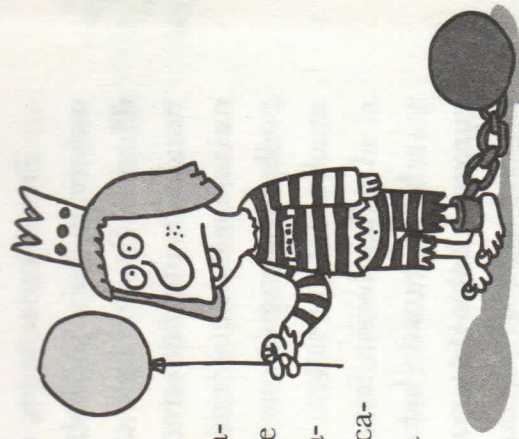
ramente lo ganaría el que dio a Luis XVI Jacobo Necker, banquero suizo que fungía como ministro de finanzas.

—Convocad los Estados Generales, majestad...

Era julio de 1788. Luis XVI, nieto del bisnieto de Luis XIV, gobernaba a Francia. No era un mal tipo este Luis XVI de 30 años, pero soplaban malos vientos para el Antiguo Régimen, es decir, la estructura que ponía en manos del rey y la nobleza el control del Estado. Francia estaba en bancarrota, la inconformidad de los pobres aumentaba, los ecos de la independencia estadounidense se hacían sentir, la Ilustración y el Racionalismo proponían relaciones más igualitarias en la sociedad, la reina María Antonieta —caprichosa adolescente austriaca— despilfarraba los fondos públicos.

En 1777, el emperador austriaco José II, hermano mayor de María Antonieta, le escribió: "Las cosas no pueden seguir como van; habrá una terrible revolución si no haces algo para prevenirla". No hizo nada. Pero le advirtieron. Y eso que José II ignoraba que su cuñado, el rey de Francia, usaba ridícula peluca encintada, babero bordado y sombrero con plumas.

Percibiendo que las cosas olían a revuelta, Luis XVI preguntó a Necker qué podía hacer para sosegar la situación. La recomendación que ofreció Necker —convocar los Estados Generales— equivalía a aconsejar un chorro de gasolina para apagar un incendio. Los Estados Generales eran una corporación formada por diputados de la nobleza, los eclesiásticos y el pueblo llano, y no la convocaban desde 1614; llevaba 175 años quietecita: por algo sería. Se fijó el mes de mayo de 1789 para la reunión, que empezó muy cordial y moderada, pero se enardeció cuando los populares exigieron que su voto —*quelle horreur, messieurs!*— tuviera el mismo valor que el de los aristócratas y los religiosos.



Tras algunas discrepancias y forcejeos, se formó la inevitable gartera. El pueblo se declaró en Asamblea Nacional Permanente, el rey destituyó a Necker e intentó manipular la reunión, los ciudadanos de a pie protestaron, los soldados alemanes al servicio del rey y la reina atacaron a los revoltosos y el 14 de julio la multitud se tomó la prisión de la Bastilla y empezó a naufragar el Antiguo Régimen. Nueva bandera, nuevo himno, renuncia de la nobleza a sus privilegios, proclamación de los Derechos del Hombre —más o menos el mismo estatuto que conocemos y violamos hoy—, ofensas al clero, palo a los señores feudales, nueva constitución, quejas del Santo Padre, insultos callejeros a la santa madre del Santo Padre, elección de una Asamblea Legislativa, regreso de Necker, conspiración de los nobles refugiados en Austria, guerra de Austria con Francia, extensión de la violencia, intento de huida y apresamiento del empolvado rey y su fina esposa, supresión de la monarquía, proclamación de la República y decapitación de Luis XVI y María Antonieta<sup>1</sup>.

Él entregó su alma y su cabeza en enero de 1793 y ella, siete meses después<sup>2</sup>.

1 Si alguien se pregunta qué destino esperaba a la cabeza de los guillotinos —¿va en el mismo ataúd que el cuerpo?, ¿se le reserva catafalco propio?, ¿no recibe sepultura?— debe saber que los reyes fueron enterrados "con la cabeza entre las piernas".

2 Hablando de cabezas, se dice que la de María Antonieta

Tres décadas antes, el padre de Luis XVI, el frívolo y mujeriego Luis XV, había anunciado: "Después de mí, el diluvio". Era una frase extraña, y la gente no entendió si se trataba de una fanfarronería, un pronóstico meteorológico o el anuncio de que vendrían tiempos difíciles. Sus sucesores pudieron averiguar que sí, que estaba diluviando, pero llovía mucho más que sangre.

La Revolución francesa acababa apenas de comenzar y ya había ganado batallas contra algunos de sus vecinos europeos, había desterrado las pelucas, consagrado el gorro frigio en todas las cabezas que aún permanecían en sus sitios<sup>1</sup>, reemplazado los pantalones de seda por calzones bastos y los botines por zapatos e instaurado el frenesí y la excitación permanente entre los ciudadanos. Pronto las cosas se salieron de madre y a los gritos de "libertad, igualdad, fraternidad", algunas facciones revolucionarias extremistas, como los llamados *jacobinos*, repartían golpes fraternos y libremente a todos por igual. Fue lo que se conoció como el Régimen del Terror.

Durante ocho meses —de septiembre de 1793 a mayo de 1794—, no cesó de trabajar la fatal guillotina. El médico francés Joseph-Ignace Guillotin había inventado la cortadora de cabezas como remedio infalible para la cefalea, pero el aparato cayó en manos de los políticos y ya se sabe lo que

---

se cubrió completamente de canas en pocos meses al presentir su final, dudosa afirmación, según los especialistas, De cualquier modo, ella y su marido murieron con meritoria *dignité*.

<sup>1</sup> El gorro frigio, una especie de boina de tela roja enraizada de moco de pavo, era muy usado por las clases populares en las noches invernales, de donde se cree que en realidad se trataba de un gorro *frígido*.

ocurre en estos casos: el que subía al poder activaba la cuchilla y rodaban testas todos los días. Los verdugos de hoy eran las víctimas de mañana. Solo en París fueron ejecutadas 2.500 personas en este lapso, y cerca de 40.000 en Francia<sup>1</sup>.

Como la mayoría de los ejecutados eran *sans-culottes* —gentes del pueblo—, la sangría permitió que descendiera el analfabetismo. Sin embargo, Simón Rodríguez, el maestro del Libertador Simón Bolívar, fervoroso seguidor de la Ilustración, escribió que "el error fue no darse cuenta de que no era la guillotina lo que se necesitaba sino la escuela". Su comentario es válido para casi todos los procesos revolucionarios.

En cuanto al doctor Guillotin, murió cristianamente en su cama en 1814 víctima del ántrax, enfermedad propia de vacas, ovejas y cabras. Algunos lo califican de Benefactor de la Humanidad por haber hecho menos dolorosa la pena capital. Si no le dieron el Nobel de la Paz, como a Teddy Roosevelt, Henry Kissinger, Yasir Arafat y Menájem Beguín, fue porque el premio no existía entonces.

## La Wikipedia revolucionaria

La pasarela de personajes que desfilaron durante estos agitados años es fascinante: Voltaire, el escritor que revolucionó las mentes; Jean-Jacques Rousseau, el suizo que habló de un

---

<sup>1</sup> Entre las víctimas de la guillotina figuran el químico Lavoisier, el poeta Chenier, la exmonja María Margarita Hébert, su marido periodista, los políticos Danton y Robespierre, el orador Desmoullins, la revolucionaria Carlota Corday, la feminista Olympe de Gouges.

nuevo pacto social; Montesquieu, el barón que defendía la separación de los poderes y la de los negros<sup>1</sup>; Georges-Jacques Danton, diputado radical, gobernante y propietario de un café parisino al que solía ir Julio Cortázar; Maximiliano Robespierre, sanguinario líder político que profesaba republicano respeto por los opositores, pero solo si estaban debidamente guillotinado; el conde de Mirabeau, orador, diplomático y pornógrafo; Joseph Fouché, sibilino, acomodaticio, sobreviviente de varios regímenes; el combativo periodista Jean-Paul Marat, apuñalado cuando tomaba en la tina su baño diario<sup>2</sup>; Napoleón Bonaparte, militar que surgió al calor de la Revolución y se convirtió en emperador, por lo que merece un espacio aparte en esta historia.

Entre las figuras cimeras de la efervescente época aparece también un grupo de caballeros (y una sola señora) que publicaron entre 1751 y 1772 cierta obra de conocimientos generales ornada con profusos grabados y reunida en 28 volúmenes. Se llamaba *Encyclopédie*, o *diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*. Pero en francés se la conoció simplemente como *L'Encyclopédie*.

Pronto circuló más allá de las fronteras y desde la salida del primer tomo (letra A), desató una encendida polémica.

1 Dijo Montesquieu sobre los negros: "Estos esclavos son negros de los pies a la cabeza, y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible compadecerlos. No se concibe que Dios, un ser tan sapientísimo, haya puesto alma en un cuerpo tan negro. Un alma buena es aún más inconcebible en un cuerpo semejante". ¡Cómo me habría gustado que, al morir, Montesquieu hubiera descubierto que Dios es negro! Se le habría aplastado la nariz del puro susto...

2 Esta trágica circunstancia explica el pavor que aún tienen miles de franceses al baño diario.

Los británicos afirmaban que la palabra clave debía escribirse *encyclopaedia*, es decir, con el empleo del dígrafo ae (æ) y no con la mera letra e, por más tildes que le colgaran. Los franceses, a su turno,

alegaban que la raíz griega del término, *paideia* ("educación general"), permitía prescindir del dígrafo. La controversia llegó a Atenas, y los griegos opinaron que no solo era canónico usar el dígrafo, sino que correspondía escribir *enkyllo*, con dos kaes. Presintiendo que resultaba imposible vender una obra cuyo título contenía el vocablo *enkyllospaideia*, franceses e ingleses acudieron a la respetada Real Academia Española, que se aprestaba a celebrar su cuadragésimo cumpleaños. Esta respondió así a través de su director, don José de Carvajal y Lancaster: "¿De qué dígrafo habláis? ¿A qué *enkyllos* os referís? El voquible que vosotros mencionáis se escribe *encyclopaedia*, punto. No jodáis más".

Lo interesante es que, por debatir la ortografía de la palabra, los franceses tardaron en darse cuenta del contenido explosivo de la obra. Alentaba en ella el espíritu crítico propio de la Ilustración; todos sus textos y definiciones eran iconoclastas, libertarios, revolucionarios, racionalistas, incluso subversivos. El truco consistía en propagar por sus páginas las ideas de fermento social, y concatenarlas de modo que estallaran cuando menos lo esperaba el lector. Por ejemplo: la tierna definición de *nido* lo describía como "Tibio hogar



## Jean le Rond D'Alembert

de los futuros pajaritos (ver *huevos*)". Y en el apartado correspondiente a *huevos* proclamaba: "Lo que les cortaremos a los ricos y a los partidarios del rey".

La obra fue censurada, naturalmente, y la censura produjo mayores polémicas y más acalorados debates públicos. De este modo contribuyeron a agitar las nuevas ideas los responsables de *L'Encyclopédie*, señores Denis Diderot y Jean Le Rond d'Alembert, a quienes respaldaba un equipo de 130 colaboradores. Entre ellos se hallaban numerosos sabios, filósofos y agitadores: Montesquieu escribía sobre teoría del Estado; Rousseau, sobre música<sup>1</sup>; Voltaire, sobre diversos temas; el abad De Prades, sobre religión (negaba la divinidad de Cristo, para que se lleven ustedes una pista); Daubenton, sobre ciencias naturales; Helvetius, sobre ideas políticas y la célebre Minette, esposa de Helvetius, sobre temas que es mejor no averiguar.

*L'Encyclopédie* produjo tal impacto que surgió en torno suyo el Partido Enciclopedista. Su influencia se prolonga hasta nuestros días en otras colecciones parecidas. En la entrada sobre la palabra de marras, la más reciente edición de la *Enciclopedia Británica* dice (en inglés): "*Encyclopaedia* también puede escribirse *encyclopedia*...". En suma, les daba ya igual.

Diderot y compañía, que ayudaron a demoler el Antiguo Régimen en menos de cuatro décadas, tardaron más de dos siglos en derribar el pedante dígrafo. Pero al final lo lograron.

1 Pese a ser un ilustre educador, el suizo Rousseau (1712-1778) convivió con una modesta modista francesa que le dio cinco hijos. Fue autor de *ballets*, óperas y tratados sociales sobre las artes, pero, por seguir la política, abandonó primero la música, luego a la modista y por último a sus cinco hijos.

## ¿Qué quedó de tanta revolución?

La Revolución francesa se modera en 1795, cuando la gobierna el Directorio, efímero quinteto que sucumbe víctima de su propia desmoralización. En realidad, lo que pone fin a la Revolución es la manía de bautizar los meses del año con nombres raros que nadie logró aprender de memoria. Denomina Brumario a una parte de octubre; Frimario, a los finales de noviembre; Thermidor, a ciertas semanas de julio; Vendimiario, a algunas semanas de septiembre; Romario, a un futbolista brasileño.

Pese a sus excesos y sus fallas, las Revolución francesa constituye un hito histórico que lanza al pueblo al primer plano y destaca los derechos y libertades que lo cobijan. Es el primer triunfo verdadero de los descamisados sobre sus opresores. Sus efectos fueron inmediatos en las colonias de Francia, España e Inglaterra.

En cuanto a otras latitudes, cuando le preguntaron dos siglos después de la toma de la Bastilla al líder chino Zhou Enlai acerca de las consecuencias históricas de la Revolución, respondió:

—Es muy pronto para saberlo.

## El hombre que se creía Napoleón

Ha llegado el momento de retomar la biografía de Napoleón Bonaparte, fracasado cadete que participó en el epílogo de la Revolución francesa, triunfó en el campo de batalla, se hizo

coronar emperador, conquistó buena parte de Europa y dio origen a una leyenda mucho mayor que su personalidad o sus méritos.

Bonaparte nació en 1769 en la isla de Córcega, que se estrenaba como territorio francés después de haber pertenecido históricamente a Italia. Desde los 10 años fue alumno de escuelas militares y soldado de cuarteles. Pero mal alumno y mal soldado. Incumplido, desobediente y de físico menguado para el combate, varias veces estuvo a punto de que lo echaran del Ejército. La

suerte y el oportunismo se aliaron, sin embargo, para ayudarlo. Cuando triunfó la revuelta popular del 14 de julio de 1789, el entonces brigadier Napoleón formó parte de los piquetes enviados a controlar brotes antirrevolucionarios en Toulouse. Su papel como artillero resultó clave y le ganó nuevos destinos. Algunos fueron militares y otros políticos, pues se hizo amigo del hermano de Robespierre cuando este era cabeza de los descabezadores.

Descabezado a su vez Robespierre, Napoleón se pasó velozmente al bando contrario y el Directorio lo envió como comandante de las tropas en Italia. Ya era general.

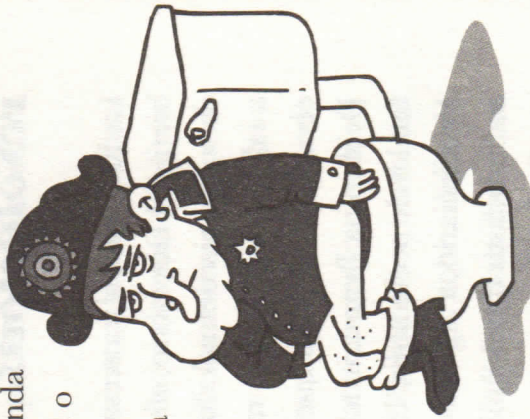
Allí conoció a Marie-Josèphe-Rose Tascher de La Pagerie, alias Josefina, nacida en el Caribe francés, mayor que él seis años, casquivana y viuda de un vizconde ajusticiado por la gran cuchilla. De ella se enamoró el general perdidamente y para siempre. Era un amor bastante curioso, según consta

en más de 300 cartas que quedaron para la posteridad, pues en ellas Napoleón alude lo mismo a las íntimas fragancias naturales de su musa que la insulta sin piedad: "No la amo a usted; al contrario, la odio; es usted una persona sin importancia y desgarbada, una Cenicienta idiota"<sup>1</sup>.

En cierta ocasión, durante la campaña de Italia, le hizo llegar una carta en la que le enviaba "un beso en su corazón y otro un poco más abajo, mucho más abajo". A la sazón Napoleón se hallaba en Milán, de donde se deduce que aquel "mucho más abajo" se refiere a Sicilia, o por lo menos a Calabria.

Mientras su marido libraba batallas en el exterior por Francia, Josefina libraba batallas de amor en su lecho con varios amantes. Al enterarse de la infidelidad de su mujer, Napoleón la echó a la calle, pero luego le pidió perdón y desde entonces vivieron felices y comieron perdices. Sobre todo él, pues cada vez aparecía más rollizo y más afectado por la dispepsia. Esta circunstancia explica su extraña tendencia a aplicar sobre el atormentado esófago una mano que escondía bajo la casaca.

Con el tiempo y las armas, en el otrora indisciplinado brigadier se forjó un genio militar que derrotó más de una vez a los ingleses, los austriacos y los españoles. Algunas victorias fueron efímeras, como ocurrió en Egipto, donde pronunció un famoso discurso ante su tropa. Dijo allí: "Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan". A renglón



## Napoleón

1 Abundan los ejemplos embarazos y sonrojantes en la correspondencia de la pareja. Sirvan de lección para aquellos que consignan en ardorosas palabras sus sentimientos y emociones más personales, ora en cartas con olor a rosa, ora en correos de internet. Como dijo el sabio: "Señores, nada de eso por escrito...".



seguido, lo que contemplaron sus soldados fue la huida de Napoleón a casa, pues el enemigo acosaba. También sufrió derrotas. En Trafalgar, los ingleses le demostraron que era mejor no desafiarlos en aguas marinas. En Rusia recibió en 1812 feroz paliza que le asestaron el frío, la nieve y los campesinos. De sus 600.000 militares solo regresaron 24.000, pero, eso sí, en formación perfecta. Él señaló que no lo había vencido el general Mijaíl Kutúzov, comandante rival, sino el General Invierno<sup>1</sup>.

Hay que reconocer que se restablecía con facilidad. Tras abdicar por primera vez en 1814 fue desterrado a la isla de Elba, de donde regresó triunfante a París un año después.

Con la tendencia de los franceses a la *grandeur*, el antiguo militar revolucionario acumuló poder y fama, se hizo coronar emperador y nombró reyes a sus parientes más cercanos: su hijo, de Roma; y sus hermanos, de España, Holanda y Westfalia. Para entonces, presidía lo que un historiador denominó “tiranía mesiánica grotesca y aterradora”. Otro historiador señaló que “terminadas las guerras napoleónicas, los campos de Europa estaban llenos de esqueletos sin nombre”. Bolívar escribió que Napoleón “ha segado la flor de la juventud europea en los campos de batalla para llenar sus ambiciones”. Y Beethoven, poniendo oídos sordos a los admiradores del emperador, renegó de haberle dedicado su *Tercera sinfonía*. Indignado, compuso otra, la *Novena*, y se la regaló a Miguel Ríos para que la cantara.

Pero a todo tirano le espera su Waterloo, y el Waterloo de Napoleón fue la batalla de Waterloo, el 18 de junio de 1815. En un pequeño campo cercano a Bruselas, británicos,

holandeses y alemanes aprovecharon varios errores suyos, y a fuerza de bayoneta y cañonazos acabaron con la tropa francesa, con Napoleón, con el I Imperio y con muchas más cosas, y nacieron otras. “En Waterloo termina la Revolución francesa y empieza el siglo XIX”, sostiene Patrice Gueniffey, biógrafo de Napoleón. “Waterloo decidió el destino de Europa y, en gran medida, el del mundo”, señala el historiador español Ángel Viñas.

Lo indudable es que es la debacle de la cual Bonaparte no pudo recuperarse. Seis años más tarde, moría desterrado en la isla de Santa Helena. Pero la imagen de héroe romántico, símbolo de la grandeza gala y campeón del pueblo sigue acompañando al difunto, como lo atestiguan cientos de turistas que acuden diariamente a ver su suntuosa tumba de París y a comer luego *crêpes* en la esquina.